

El año 1999 se había iniciado para los poetas de lengua española con la noticia de la muerte en circunstancias estremeceadoras de José Agustín Goytisolo (1928), destacado poeta de la generación española del 50. Que un hombre de la abierta cordialidad de José Agustín, rodeado siempre de afectos y simpatías, decidiera abreviar su existencia, es algo que pertenece al territorio del más opaco misterio. Una docena de poemarios resumen una trayectoria lírica solidaria que no rehuyó nunca el compromiso, desde *El retorno* (1955), hasta *A veces gran amor* (1981), pasando por *Salmos al viento* (1957), *Claridad* (1960), *Años decisivos* (1961), *Algo sucede* (1968), *Bajo tolerancia* (1974), *Taller de arquitectura* (1977), *Del tiempo y del olvido*, (1977), *Palabras para Julia y otras canciones* (1979) —que es acaso su libro más conocido— y *Los pasos del cazador* (1980). Fue igualmente traductor de poesía italiana —Pasolini, Quasimodo, Montale y Ungaretti— así como del poeta catalán Salvador Espriu, antólogo de poesía cubana y catalana y autor de sendos libros sobre Lezama y Borges.

Con la muerte de José Agustín Goytisolo pudo pensarse que los poetas españoles de su generación habrían pagado su última contribución al pesado tributo que pesa desde años sobre ellos y ha ocasionado la desaparición de poetas tan relevantes como Alfonso Costafreda, Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma, Ángel Crespo, o Fernando Quiñones. Tal vez por ello causó más dolorosa sorpresa la desaparición en el mes de julio de Claudio Rodríguez, otro poeta señero de la misma promoción, llamada también del medio siglo, quien irrumpió con voz propia a los 19 años de edad con su libro *Don de la ebriedad* que había de asegurarle, no sólo el Premio Adonais, sino un lugar aparte en el panorama de la literatura española. Poeta de obra relativamente breve, su peculiar andadura no haría sino confirmarse en sus libros *Conjurios* (1958), *Alianza y condena* (1958), *El vuelo de la celebración* (1976) y *Casi una leyenda* (1991). Tras su desaparición cabe recordar sus versos primerizos: “Como si nunca hubiera sido mía/dad al aire mi voz y que en el aire/sea de todos y la sepan todos/igual que una mañana o una tarde”.

En el mismo mes de julio moría en Nueva York, donde residía desde hacia cuarenta años, el poeta Eugenio Florit. Nacido en Madrid en 1903, llegaba con su familia a Cuba en 1918. En Cuba había de despertar a la vocación poética y allí escribió la mayor parte de su obra

por lo que se le considera siempre como poeta cubano y como tal figura en las antologías. Participó desde muy joven en la vida literaria del país a través de publicaciones tan significativas como *La revista de avance* y la revista *Clavileño*. Eran los tiempos en que Nicolás Guillén, Mariano Brull y Emilio Ballagas primero y Cintio Vitier y Eliseo Diego después buscarían nuevas sendas para la poesía cubana. Eugenio Florit se dio a conocer desde *32 poemas breves*, su primer libro de versos, publicado en 1927. Siguió *Trópico* (1930) y *Doble acento* (1937) con prólogo este último de Juan Ramón Jiménez. Posteriormente aparecerían *Niño de ayer* (1940), *Conversaciones con mi padre* (1949), *Asonante final y otros poemas* (1955), *De tiempo y agonía* (1974), *Lo que queda* (1995). De fuerte entronque inicial con la poesía española, su primera poesía, —en la que se pueden rastrear las influencias de Fray Luis, Góngora o Juan Ramón— evoluciona después hacia un tono más personal en el que la toma en consideración de la inmediatez cotidiana sirve de soporte a una expresión impregnada de misticismo. Eugenio Florit fue autor de una esclarecedora *Antología de la Poesía Norteamericana Contemporánea*, habiendo incursionado igualmente en la narrativa y el teatro.

A mediados de agosto fallecía en Buenos Aires, Olga Orozco, nacida setenta y nueve años antes en Toay, Provincia de Buenos Aires. Cronológicamente pertenecía a la misma generación que Alberto Girri o María Granata, aunque por su poesía se la considerase más próxima a la manera de poetizar la realidad de un Enrique Molina. Trataba de descubrir el substrato mágico de la existencia segura de que tras toda realidad había una vertiente oculta de realidad más real. A partir de *Desde lejos* (1946), su obra inicial, hasta *Con esta boca, en este mundo* (1994), Olga Orozco siguió un itinerario de interiorización en el que las vivencias vividas y las imaginadas reconstruían la visión global de un mundo único cuya unidad había entrevisto desde los años de su infancia. *Las muertes* (1952), *Los juegos peligrosos* (1962), *Museo Salvaje* (1974), *Cantos a Berenice* (1977), *Mutaciones de la realidad* (1979), *La noche a la deriva* (1984) y *En el revés del cielo*, (1987) son los otros jalones de una trayectoria lírica que se recuerda a menudo a través de la vibración de la autora que gustaba de recitar sus versos dejando huella de su voz en el ánimo de los que la oyeran en Buenos Aires, Madrid o México. A esta última ciudad acudiría aún en 1998 para recibir el

La obra poética de Olga Orozco tiene una correspondencia directa en la narrativa de sus libros *La oscuridad es otro sol* (1967) y *También la luz es un abismo* (1995). Muchos la recordarán además por sus traducciones de obras teatrales de Pirandello, Ionesco, Adamov o Anouilh. Ella dijo en determinada ocasión que ser poeta “es sentirse incompleto, limitado y prisionero en este yo”, pero antes había escrito: “no me podréis quitar esta pequeña vida entre dos sueños/ este cuerpo de lianas y de hojas que cae blandamente,/que se muere hacia adentro, como mueren las hierbas!”. En agosto, esa muerte se le salió afuera.

Por los mismos días que Olga Orozco en Argentina, se extinguía en Venezuela la poetisa Luz Machado, nacida ochenta y tres años antes en Angostura, a orillas del río Orinoco. Autora de una veintena de poemarios, su libro *La casa por dentro* había de marcar un hito en la poesía venezolana de este siglo ya que, como afirma Rafael Arráiz Lucca: “en los poemas de *La casa por dentro*, las cosas, los trastos, los enseres, abandonan su existencia gris para brillar con una fuerza inédita: nada de lo que es sigue siéndolo”. Poesía atenta a la imantación de lo cotidiano de una poetisa que supo expresarse en los cauces más modernos o en los clásicos del soneto.

Decididamente, debía estar escrito en alguna parte que la muerte en 1999 exigiría mayor tributo, puesto que bien avanzado el año nos llegaba la noticia de que Rafael Alberti había dejado de existir. A fuerza de verle siempre presente, sobreviviendo a toda una generación mítica ya en la historia de la poesía española, resultaba difícil imaginarse que él también habría de partir. Sería empeño poco menos que imposible tratar de resumir lo que representara para su tiempo y lo que habrá de representar para los tiempos venideros. Su muerte ha suscitado una polémica en España, donde, sin negarle el mérito a su obra anterior a la guerra civil, muchos pretenden negárselo a cuanto escribiera tras su compromiso político. Independientemente de que a menudo se trata de consideraciones que se basan en argumentos más políticos que poéticos, cabe decir que bastante después de la Guerra Civil Alberti aportó aún poemas como los de su libro *Baladas y canciones del Paraná* el mejor canto al

desarraigo causado por el exilio español. Juzgar por lo demás una obra poética que se prolongó a lo largo de una dilatada existencia equivale a aplicarle criterios utilizados más frecuentemente en la crítica de la narrativa, actividad ésta que se presta al desarrollo perseverante y parejo a lo largo de toda una vida. En el terreno de la poesía —junto a ejemplos de longevidad creadora como los de Goethe, Juan Ramón o Alexandre— abundan más los de poetas que dieron muy pronto todo o lo mejor de sí mismos, vertiente ejemplarizada al extremo por la figura del joven poeta Arthur Rimbaud.

El último Alberti quedará ante nosotros como el hombre que vivía la poesía y que por momentos sabía encarnar aun su vibración. Debemos retener, en fin, su estremecedora reflexión ante la muerte escrita dos años antes de que se produjera la suya y que reproducimos en homenaje a su memoria.